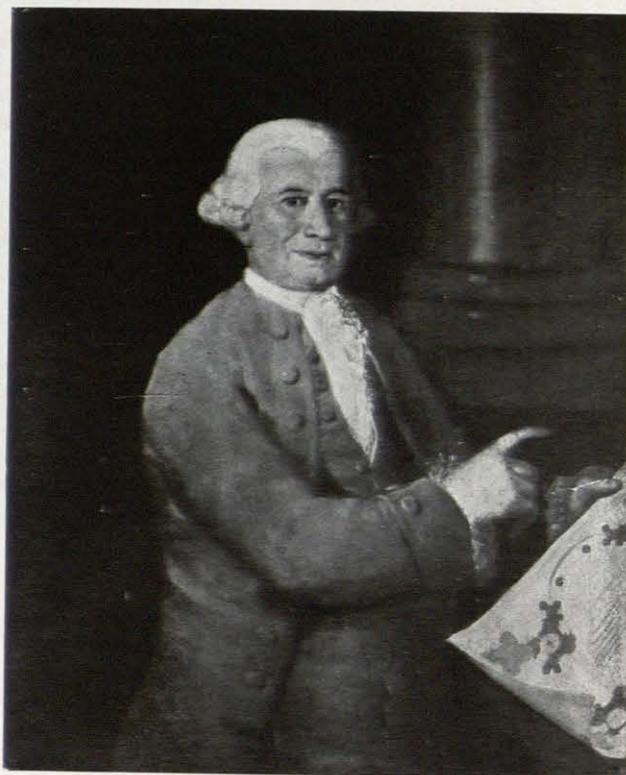


Don Juan de Villanueva. Goya, p.º; Alegre, g.º



Don Ventura Rodríguez. Retrato de Goya.

Ventura Rodríguez, Juan de Villanueva y su tiempo y algo sobre los que corren

Eduardo Figueroa, arquitecto.

Un breve artículo publicado no ha mucho en ABC sobre Ventura Rodríguez, San Francisco el Grande y el franciscano padre Cabezas, tema que desde hace tiempo nos rondaba, ha merecido que el Director de nuestra Revista nos animara a insistir sobre el tema.

En el mencionado artículo, sencillamente se reseñaba y comentaba un caso de intrusismo—uno más—en nuestra profesión, y precisamente en relación con un proyecto y obra de la envergadura de San Francisco el Grande, asunto en el cual el padre Cabezas, *por meter la suya*, originó un conflicto de volumen comparable al del proyecto y obra aludidos.

No viene mal que con motivo de esto nuestra Revista dedique alguna atención a aquellos compañeros nuestros que en su época, y para la historia de la Arquitectura patria, escribieron páginas de gloria.

Refiriéndonos como época a la del siglo XVIII, ¡qué

duda cabe que de entre los eminentes arquitectos que en ella laboraron sólo dos nombres han quedado, y para siempre, consagrados ante el vulgo! A saber: los mencionados Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva. Los restantes coetáneos, Arnal, Hermosilla, Machuca, Silvestre Pérez, Baztarán y Rodríguez, Martín Rodríguez, et cétera, quedaron ignorados por el vulgo, no siendo conocidos más que por el erudito o el investigador.

Por si fuera poco, coincide esta época de Rodríguez y de Villanueva nada menos que con la fundación de la Real Academia de San Fernando; esa Real Academia que es por la que se nos sigue extendiendo hoy día nuestro título profesional, y de la que ambos, sucesivamente, contaron entre sus primeros directores.

Por si fuera poco, además, creo que bien merecen un homenaje y un agradecido recuerdo tan esclarecidos maestros por parte nuestra, los arquitectos españoles de la época actual. Y digo esto porque a buen seguro

que tanto uno como otro, maestros insignes y en sus respectivas tumbas se habrán estremecido más de una vez, y no digo en qué sentido ni con qué reacción en algunos casos, ante la reiteración exhaustiva con que de ellos hemos abusado en un período de nuestra arquitectura actual, cuya máxima intensidad en el abuso podríamos situar entre los años 1940 y 1955, hasta que con rapidez vertiginosa se les relegó al olvido y surgió y se adoptó lo de ahora.

Otro aspecto del mayor interés en esta pareja Rodríguez-Villanueva lo tenemos en que se trata quizá del único caso de *competencia*, que trascendió al público, entre dos profesionales de la arquitectura; competencia que existió ya en la época en que convivieron y que se agudizó después de que pasaran a mejor vida.

Tanto en una como en otra época tuvieron sus entusiastas, sus detractores, sus partidarios y sus panegiristas. Quizá en mayor grado en cuanto a los panegiristas se refiere Ventura Rodríguez, tal como aquél que juraba que Villanueva no poseía la gracia ni la delicadeza de don Ventura. No conocemos caso alguno parecido en la historia de los arquitectos españoles.

Biógrafos y panegiristas de ambos, sin razón a nuestro juicio, les achacan con deleite el haber sido los exterminadores del arte barroco; ese barroco delirante de Borromini, Churriguera, Ribera, Tomé y otros, que desató las iras de Jovellanos, uno de los mayores panegiristas de Ventura Rodríguez, hasta el punto de calificarles de albañiles convertidos en arquitectos y por aquello de *en una palabra: perdida la vergüenza y puesto en crédito la arbitrariedad y el capricho, ¿cuál es el límite que podrán reconocer a los ignorantes profesores?*

No creemos que fueran los exterminadores del barroco ni es aquí lugar de tratar de explicarlo con detalle. Creemos sencillamente que el barroco murió por evolución lenta, impuesta por la evolución de los tiempos.

Nace don Ventura Rodríguez en Ciempozuelos el 14 de julio de 1717 y muere tristemente en Madrid a los sesenta y ocho años, el 26 de agosto de 1785, después de una vida profesional cuya intensidad causa estupor.

No pretendemos enjuiciar, exaltar o someter a crítica la calidad de su obra por hartamente conocida. Ello sería absurdo, más aún en una Revista cuyo principal lector es el profesional de la Arquitectura. Lo que sí creemos adecuado es tratar de describir, aunque sea someramente, lo que fué esa su vida profesional, de una intensidad, como decimos, que causa estupor. Iniciada casi en la niñez, llena de golpes adversos y de postergaciones que no mellaron su entusiasmo, y de ilusiones que muchas veces no llegaron a fraguar; si que también de éxitos y de honores que se hacen desear cuando al fin llegan.

Coincide la época de Ventura Rodríguez con la de

esplendor en nuestra Arquitectura que iniciara Felipe V a su advenimiento al trono de España y que terminó en el reinado de Carlos III. No olvidó Felipe V ese esplendor en la Francia de Luis XIV en relación con las Bellas Artes y, sobre todo, la arquitectura. Lógico es, por tanto, su interés y deseo en levantar el deplorable estado en que ésta se encontraba en aquel entonces en nuestra patria. Ante este deseo, y no por papanatismo ni por snobismo en relación con lo de afuera, sino por desconfianza a lo que dentro había, hizo venir del extranjero no solamente para la reconstrucción del Real Palacio, sino para las demás importantísimas obras que bajo su reinado se iniciaron a aquella pléyade de grandes maestros de la arquitectura extranjera que bajo este reinado, el de Fernando VI y el de Carlos III a España arribaron y que se llamaban Juvara, Sachetti, Marchand, Ravaglio, Carlier, Sabattini, Galuchi, Bonavía, etc., que acompañados de otra pléyade de artesanos, inmensos decoradores, dejaron en España recuerdo imperecedero. Frente a ellos quedaron los nuestros postergados a simples ayudantes, delineadores o cuando más aparejadores.

Con ellos empieza su formación profesional Ventura Rodríguez, que ya había recibido buena instrucción de su padre, a su vez profesor de arquitectura, aunque lo que en España por tal se entendía entonces no podía ser más modesto.

A los diecisiete años, ya aventajado "delineador", tarea que empezó a aprender desde antes de los quince, Ventura Rodríguez entra a las órdenes de Marchand, traído por Felipe V para dirigir las obras del Palacio de Aranjuez. Más adelante, y sucesivamente, cumple análoga misión con Galuchi, Bonavía, Juvara y, finalmente, con Sachetti, quien encuentra en él, para la construcción del Palacio Real de Madrid que proyectara Juvara—el abate de Selva—, el más eficaz colaborador.

Al formarse la junta organizadora de la Academia de San Fernando, que luego sería Real Academia de San Fernando, en 1742, dicha junta, en su mayoría integrada por arquitectos extranjeros, nombró a Ventura Rodríguez, de veinticinco años de edad, a la sazón nada menos que director de Arquitectura; es decir, rector de toda la arquitectura española.

De esta Academia, cuando ya fué Real Academia de San Fernando, sería nombrado director nuestro biografiado en enero de 1776 por la lucidísima votación de 23 votos a su favor contra 12 al de su contricante don Diego Villanueva, hermano mayor del famoso don Juan.

Brevemente queda descrita en esta forma lo que fué la formación profesional de don Ventura Rodríguez y la culminación de su carrera con el nombramiento a que aludíamos.

No es este el lugar como queda dicho de reseñar, criticar y enjuiciar con detalle lo que esa obra fué y

por ello preferimos comentar, por considerarlo de mayor interés, lo que en realidad significó la fecundidad de su labor, la intensidad de su trabajo, su espíritu de sacrificio; espíritu que jamás sucumbió a la adversidad para, finalmente, dedicar un comentario a alguna de las páginas tristes, desilusiones y adversidades que menudearon a lo largo de su carrera. Más adelante daremos una incompleta, como es natural, reseña de sus incontables proyectos y obras.

Lo que realmente causa estupor es esa fecundidad a que aludíamos; ese trabajar, proyectar, dirigir, informar, valorar, etc., en toda clase de obras y en todas las latitudes del mapa de España.

Si consideramos hoy día, con los fabulosos medios de transporte y comunicación de que disponemos, la complicación y el agobio que representan cuatro obras que se tengan fuera de la residencia fija del profesional, imagínese lo que sería en aquel entonces en que no había más medios de comunicación que una silla de postas a lo largo de las vías principales, entre poblaciones importantes, porque tan pronto se trataba de las secundarias, esa silla de postas había que sustituirla en la mayoría de los casos por la cabalgadura, a base de Dios sabe qué jamelgos. Imaginemos esto a la vista de la relación que sigue de los lugares, pueblos y poblaciones en que Ventura Rodríguez acudió personalmente a proyectar, dirigir, reconstruir, construir, modificar, etcétera. La lista en cuestión es como sigue:

Valladolid, Aranjuez, Colmenar Viejo, Zaragoza, Cuenca, Burgo de Osma, Burgos, Alcalá de Henares, Santiago de Galicia, Jaén, Málaga, Azpeitia, Coruña, Badajoz, Oviedo, Murcia, Haro, Almería, Berja (Granada), Córdoba, Toledo, Avila, Durango, Loja (Granada), Palencia, Atienza (Guadalajara), Trillo, Toro, Villalba del Alcor, Medina del Campo, Corral de Almaguer, León, Olot (Cataluña), Betanzos, Miranda de Ebro, Gerona, Pravia, Covadonga, Pamplona, Segovia, Salamanca, etc.

Fabuloso e increíble, repetimos, si a la vista del mapa de España observamos la dispersión de los puntos a que acudió en el Norte, en el Sur, en el Centro, e incluso internándose en las entrañas de las montañas asturianas, ¡buena excursión en aquel entonces!, para reconocer el terreno, proyectar y ejecutar la difícilísima obra de la reconstrucción del Santuario de Covadonga. Increíble, ¿verdad, lector? Pero doblemente increíble si tenemos en cuenta que al decir, por ejemplo, Málaga, no fué sólo una obra en aquella ciudad, sino numerosas en la capital y por esos pueblos de Dios de la provincia, y al igual en otros muchos casos, y conste que me he dejado en el tintero algunas por no pecar de extenso.

Y pensar que un hombre que forzosamente llevaba esta vida abrumadora en el ejercicio de su profesión, aún tenía tiempo para, de su propia mano y a la aguada y firmando, proyectar los muebles que habían de em-

bellecer los edificios por él construídos. Buena prueba de esto la damos con el delicioso proyecto que se publica en este artículo, lleno de gracia, proporción y equilibrio de una consola, indudablemente para Godoy. La obra para la que se proyectaran estos dibujos, primorosamente ejecutada, figura hoy día en la residencia de los duques de Sueca, en Madrid.

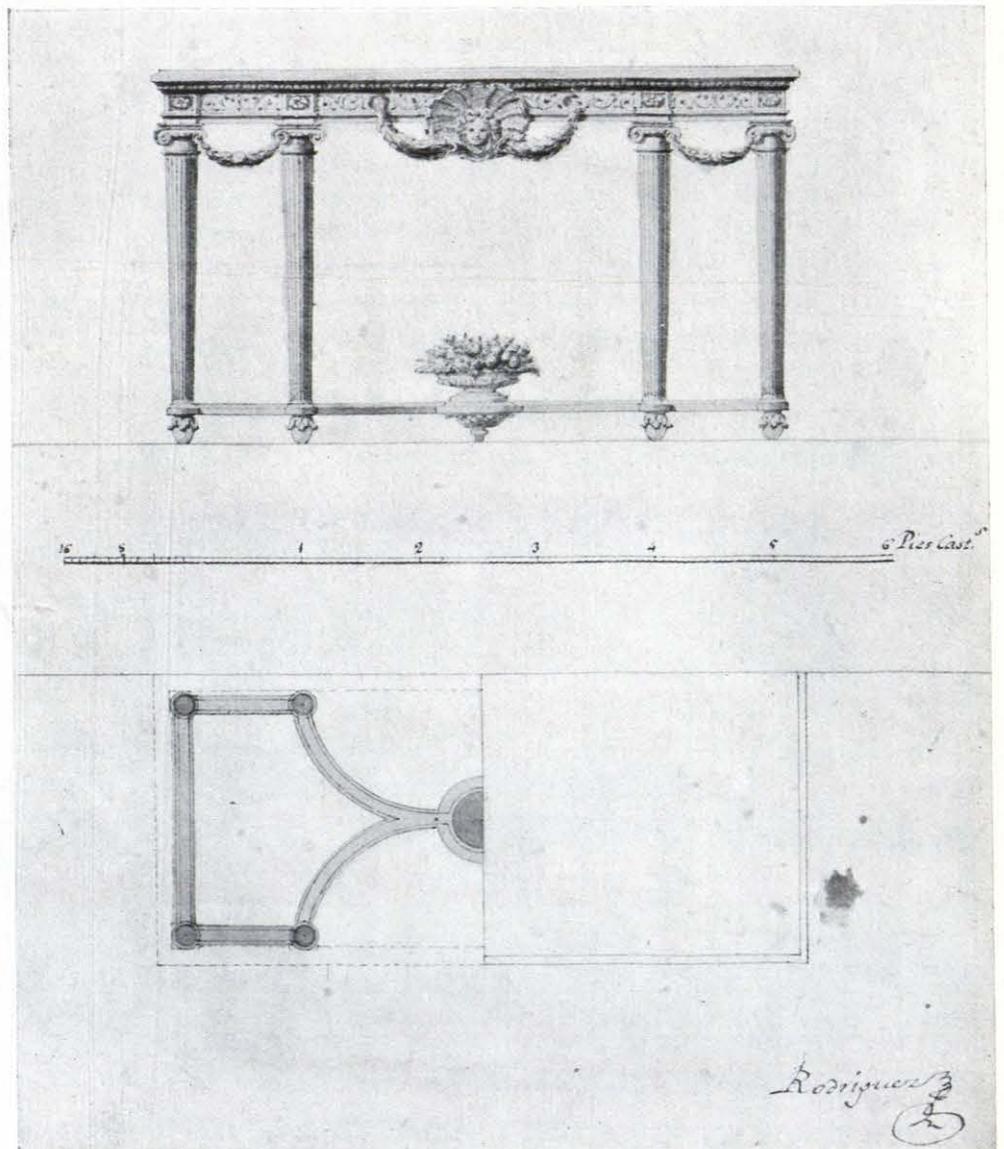
Las tres grandes amarguras de su carrera profesional fueron San Francisco el Grande, la Casa de Correos y el Palacio de Riofrío.

Harto conocida es la historia del primero: para San Francisco el Grande, Ventura Rodríguez recibió el encargo del proyecto. Con su habitual ímpetu y entusiasmo, redoblado en este caso, se vuelca materialmente en la confección y pone todas sus ilusiones. Lo entrega declarando que es el proyecto cumbre de su vida. Empiezan las dudas y vacilaciones: que si es caro, que si hay que derribar unos edificios próximos, etc.; total, que entra en funciones el padre Cabezas con un resultado que, por conocido, omitimos relatar. Este es quizá el trago más amargo que sufrió en su vida Ventura Rodríguez.

Se acuerda la construcción de la Casa de Correos, hoy Dirección General de Seguridad. Se le encarga el proyecto a don Ventura Rodríguez, quien, como era su costumbre, pone a contribución todo su entusiasmo. Por aquel entonces, según Pulido y Díaz Galdós, biógrafos de Ventura Rodríguez, era embajador de España en París el duque de Alba y por influencia suya viene a España el arquitecto francés Marquet, con objeto de proyectar y dirigir todas las obras del empedrado y aceras de la zona que rodea el futuro edificio. Indudablemente, una vez más, surge la intriga y el decidido apoyo del embajador a favor de Marquet, y en fin de cuentas es éste el que confecciona el proyecto, birlandole la obra a Ventura Rodríguez. Para mayor sarcasmo, éste se encarga de la de empedrado. A buen revuelo y comentarios debió esto dar lugar, amén de una fuerte indignación entre el público, que dió en decir *que la casa fué para el empedrador y para el arquitecto el empedrado* (1).

En relación con Riofrío, y para tan importantísima obra, Ventura Rodríguez se vió una vez más postergado cuando al no dudar se le encargaría el proyecto y construcción, la altiva Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, quien en definitiva era la propietaria, se pone en manos de Ravaglio, quien, dicho sea de paso, logró una de las piezas más considerables en nuestra patria de esa arquitectura que entonces se dió en llamar grecorromana. Sencillamente espléndida, a tal punto que ya mereció por parte de quien firma, no hace mu-

(1) Realmente no comprendemos que después de esto el duque de Alba encargara a Rodríguez el proyecto del Palacio de Liria.



Proyecto de consola, de Ventura Rodríguez. El mueble se conserva en la casa del duque de Sueca.

cho tiempo, un artículo en el más importante diario madrileño.

No es frecuente en nuestra profesión firmar la obra sobre la propia fábrica, aunque algunas veces esto tenga lugar. Así rezó con don Ventura Rodríguez, quien únicamente intentó hacerlo en una ocasión. Con esto me refiero a la famosa fuente de las Cuatro Estaciones, en el Prado. Indudablemente, a pesar de su pequeña importancia, una de las más bellas y graciosas trazas que nos legó, tan barroca; él, acusado de haber exterminado el barroco. Se decidió colocar en la madrileñísima fuente un rótulo mencionando el nombre del autor. Se fundieron en bronce las letras, pero por las razones que fueran y que desconocemos, nunca se llegaron a recibir sobre la cantería, y Dios sabe en qué almacén de la villa y corte habrán quedado postergadas. Quizá la única firma de Ventura Rodríguez que existe en alguna de sus obras es, para mayor sarcasmo, en la boca de una cloaca de las muchas que proyectó y construyó para el primer alcantarillado de Madrid; seguramente la del Carcabón, cerca de la Puerta de Atocha.

Esta fué la vida de Ventura Rodríguez, maestro insuperable de la arquitectura grecorromana. Vida de lucha y de trabajo constante, requerido por unos y por otros para proyectar, dirigir, emitir informes y corregir errores; eterno desfacedor de entuertos arquitectónicos, por igual atacado, ensalzado y glorificado después de su muerte por sus contemporáneos y muy especialmente por su amigo del alma y admirador entusiasta, don

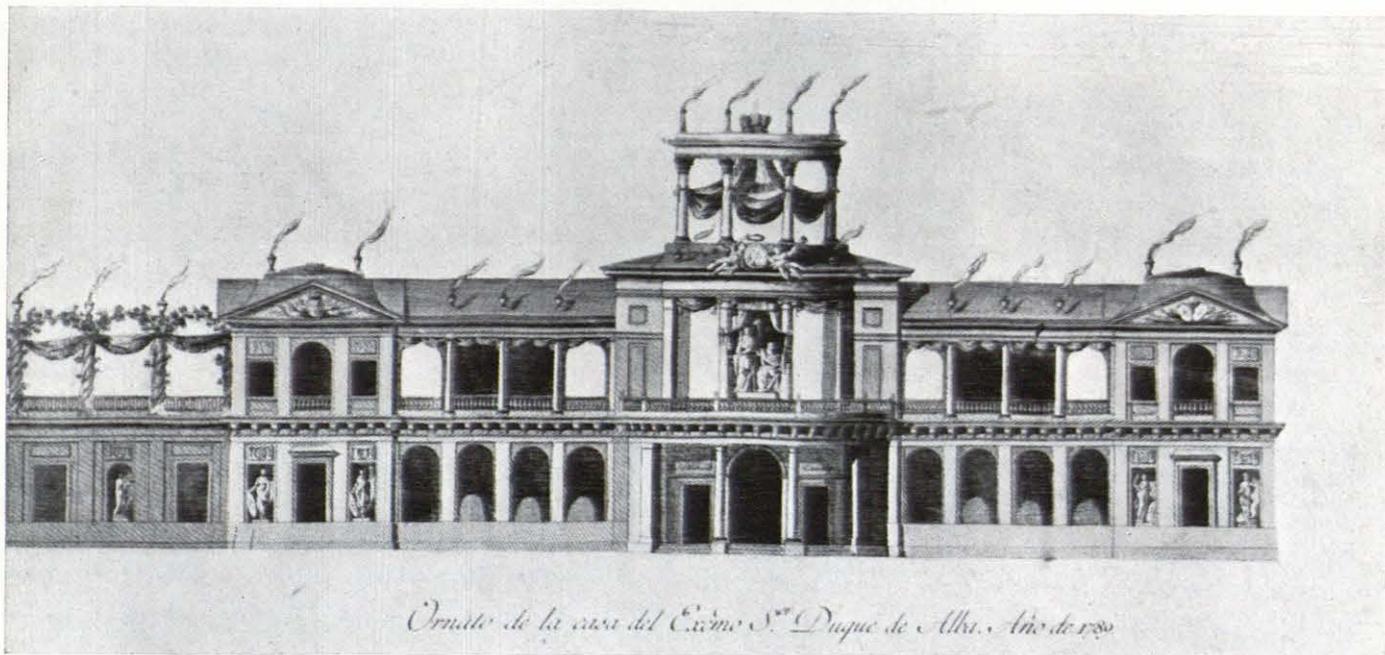
Gaspar Melchor de Jovellanos. Transcribimos a propósito de su muerte lo que escribió uno de sus más apasionados biógrafos:

"La vida en ciertas enfermedades es una carga pesada, agrávanse los padecimientos y por ello don Ventura Rodríguez llevó mucho tiempo la indudable huella de aquella verdad y destrozado organismo. Las más crueles operaciones de la cirugía (2) le atormentaron, y unido a las penas que en el hogar doméstico le afligieron, puesto que sin hijos y sin mujer desde 1776, aunque casado en segundas nupcias con doña Micaela Cayón, parecía como que la desgracia perseguía por todas partes al que toda su vida se había consagrado al trabajo y al estudio. Lleno de virtudes alejése del mundo, con la tranquilidad del justo y con el gozo del que ha cumplido su deber, entregando su alma al Supremo Hacedor a los sesenta y ocho años de edad, a las doce de la mañana del 26 de agosto de 1785, en su último domicilio, calle de Leganitos, 13, siendo sepultado al lado de su segunda esposa en la bóveda central de la iglesia de San Marcos, único templo que pudo construir en Madrid.

Para este breve trabajo hemos dispuesto de información y biografía más completa sobre Ventura Rodríguez que sobre Villanueva, de quien pasamos a ocuparnos a continuación. Y quiero hacer constar que muchísimo de cuanto sobre éste vamos a escribir procede de una admirable conferencia que pronunció en el Ateneo de

(2) No nos ha sido posible, a pesar de habernos esforzado cuanto hemos podido, averiguar las causas de las operaciones que tuvo necesidad de sufrir.

Proyecto de Juan de Villanueva.



Madrid en 1875 un ilustre compañero nuestro, don Arturo Mélida. Bien merece Arturo Mélida la adecuada biografía, que a buen seguro sería leída con apasionamiento por la actual generación, tanto de arquitectos como de curiosos lectores. Escrita está y de mano maestra, precisamente por su hija doña Julia Mélida.

Mélida, en aquella conferencia, en la que además de ocuparse de Ventura Rodríguez y de Villanueva disertó sobre "arquitectura y las artes decorativas a principios del siglo XIX. El monumento y la casa. Transformación de las ideas artísticas y el arte oriental y su influencia en Europa", tuvo una frase genial al relatar el lamentable sucedido con motivo de fray Francisco de las Cabezas, Ventura Rodríguez y San Francisco el Grande, al decir que "fray Francisco de las Cabezas metió la suya y se quedó con el proyecto y Ventura Rodríguez sin hacer la obra."

Juan de Villanueva procede de familia de artistas. Su padre, que también se llamaba Juan, acreditado escultor, tuvo dos hijos, Diego y Juan. El mayor, Diego, fué notable escultor, arquitecto, matemático y dibujante. En esta especialidad destacó por la perfección de sus perspectivas.

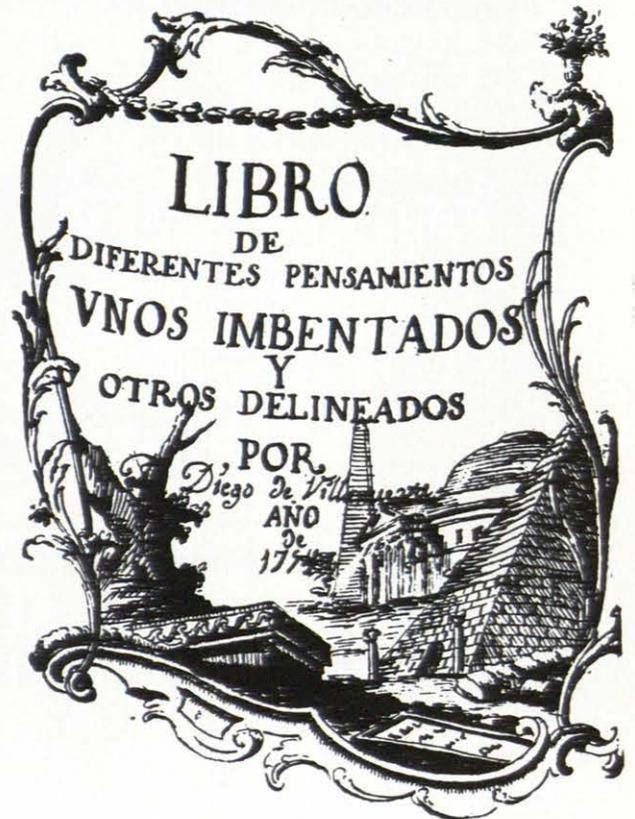
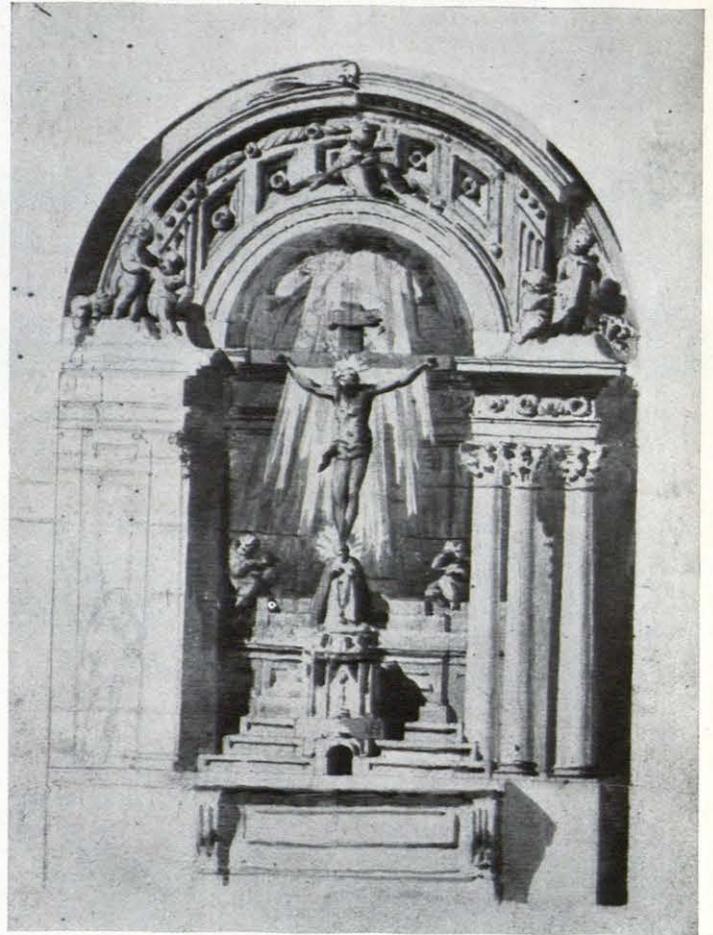
Es curioso que a pesar de todos estos conocimientos y calidades su obra fuera escasa, indudablemente por ser hombre de carácter retraído, altivo y de pocos amigos.

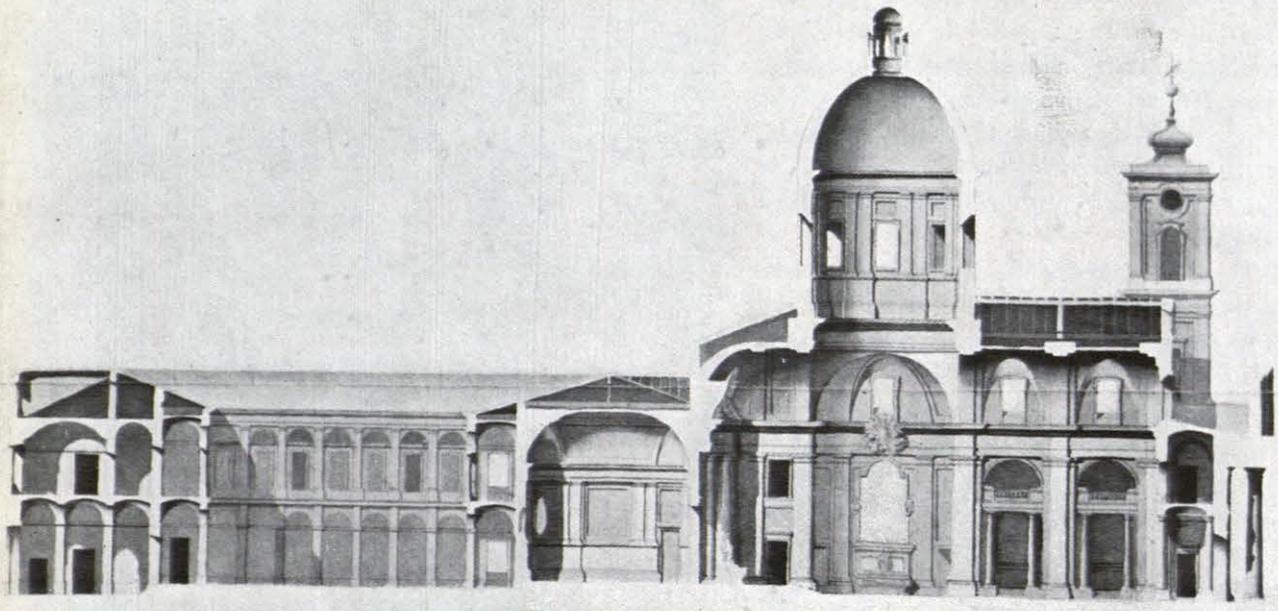
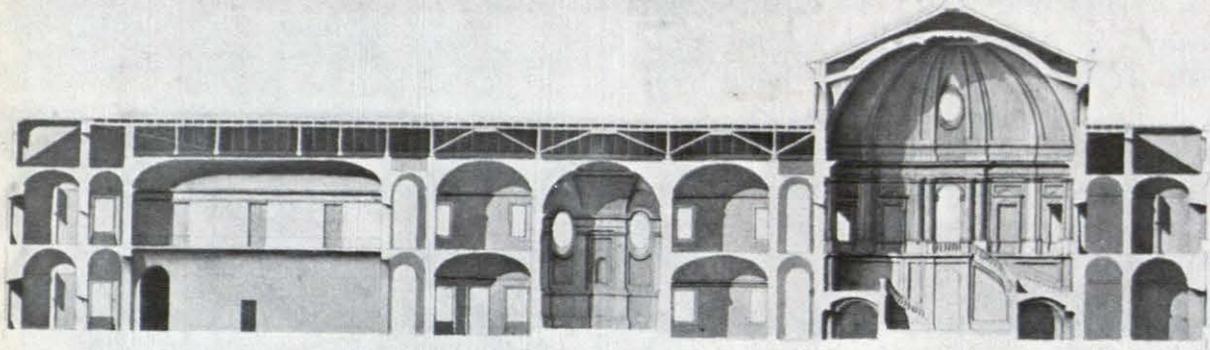
Nace su hermano Juan el 15 de septiembre de 1739, es decir, veintidós años más joven que Ventura Rodríguez.

Tanto en Ventura Rodríguez como en Villanueva se da la curiosa coincidencia que empiezan su carrera verdaderamente en la niñez, puesto que lo fué en ambos a los catorce años de edad, pero con la diferencia que los principios en el primero fueron mucho más penosos, en tanto que Villanueva desde el primer momento destacó como un verdadero niño prodigio.

Tan es así que, sucesivamente y por oposición, fué ganando premios en 1754, en 1756 y en 1757. No contento con esto, hace y gana las oposiciones al pensionado de Roma, donde permanece siete años, durante los cuales realizó una espléndida labor, a juzgar por los comentarios que merecen los admirables envíos que hace.

Es hombre indudablemente modesto en su manera de ser y de carácter retraído. Bien lo demuestra el que





Ejercicio de examen de Juan de Villanueva. Primer premio de primera clase. Academia de San Fernando.

Arquitectura. En un Cuadrado de treientos cinquenta pies de linea, disponer un Convento con su Iglesia, y Oficinas correspondientes para treinta Religiosos: demostrandolo todo en dos planos, baxo y principal, y dos elevaciones geometricas, una de la fachada, y otra de un corte interior.

Juan de Villanueva



El Observatorio de Madrid. Juan de Villanueva.

en este intervalo de 1757 a 1758, en que gana la oposición de Roma, acepta el empleo de "delineador" en las obras del nuevo Palacio Real, a las órdenes de su hermano. Buena prueba es esta de dicha modestia en hombre que había ganado sucesivos premios por oposición y, por si fuera poco, el pensionado en Roma con una estancia de siete años.

Esto último es el arma que con más fruición esgrimen sus panegiristas y partidarios al enfrentarlo con Ventura Rodríguez, quien, por las razones que fueran, nunca pudo ir a la Villa Eterna y tuvo que estudiar, por tanto, ese sacrosanto arte grecorromano por referencias, dibujos, grabados y obras realizadas por otros arquitectos en España, y no en la propia ternera, como había hecho Villanueva. Porque esto de haber *ido* a Roma en aquellos tiempos se consideraba como algo definitivo.

Caracteriza a Villanueva el culto que rinde a la pu-

reza en la interpretación de la arquitectura grecorromana, su admiración y su respeto hacia ella en toda esa pureza, sin permitirse jamás la menor licencia. La estudia amorosamente, se esponja al interpretarla con ese respeto que decimos. Quizá se debe a esto un posible exceso de frialdad y de academicismo en el conjunto de su obra.

Su admiración hacia Juan de Herrera no conoce límites. Bien se deja ello notar a lo largo de su ejecutoria profesional. A tales límites llega esa admiración, que después de ganar los concursos referidos y el pensionado en Roma, a su regreso acepta y decide por un sueldo de siete reales diarios, y a las órdenes de un religioso obrero, trasladarse y permanecer largo tiempo en El Escorial estudiando a don Juan de Herrera, cuya influencia en Villanueva, como queda dicho, es de toda evidencia.

Encontrándose dedicado a esta labor en El Escorial en 1769, consigue un galardón más al ser nombrado arquitecto de SS. AA. RR. los Infantes. Es curioso el origen de este nombramiento y bien modesta la razón, razón que abona esa proverbial modestia de Villanueva. Efectivamente, se trataba de reformar y poner en condiciones un gallinero y no tiene inconveniente en aceptar el encargo de esta insignificante tarea. Debió de hacerlo tan a la perfección y dejar tan satisfechos a los Infantes que ello dió origen a que fuera nombrado su arquitecto. No es la primera vez, ni será la última, en que la obra más insignificante sirve de arranque, por su perfección, al éxito en la carrera de un arquitecto. En este caso cadena de éxitos, puesto que no mucho tiempo después, contando sólo treinta y cinco años, en 1774, sería nombrado director de la Real Academia de San Fernando.

Su vida es más fácil y dilatada que la de Ventura Rodríguez, y muere en 1811, a los setenta y dos años de edad.

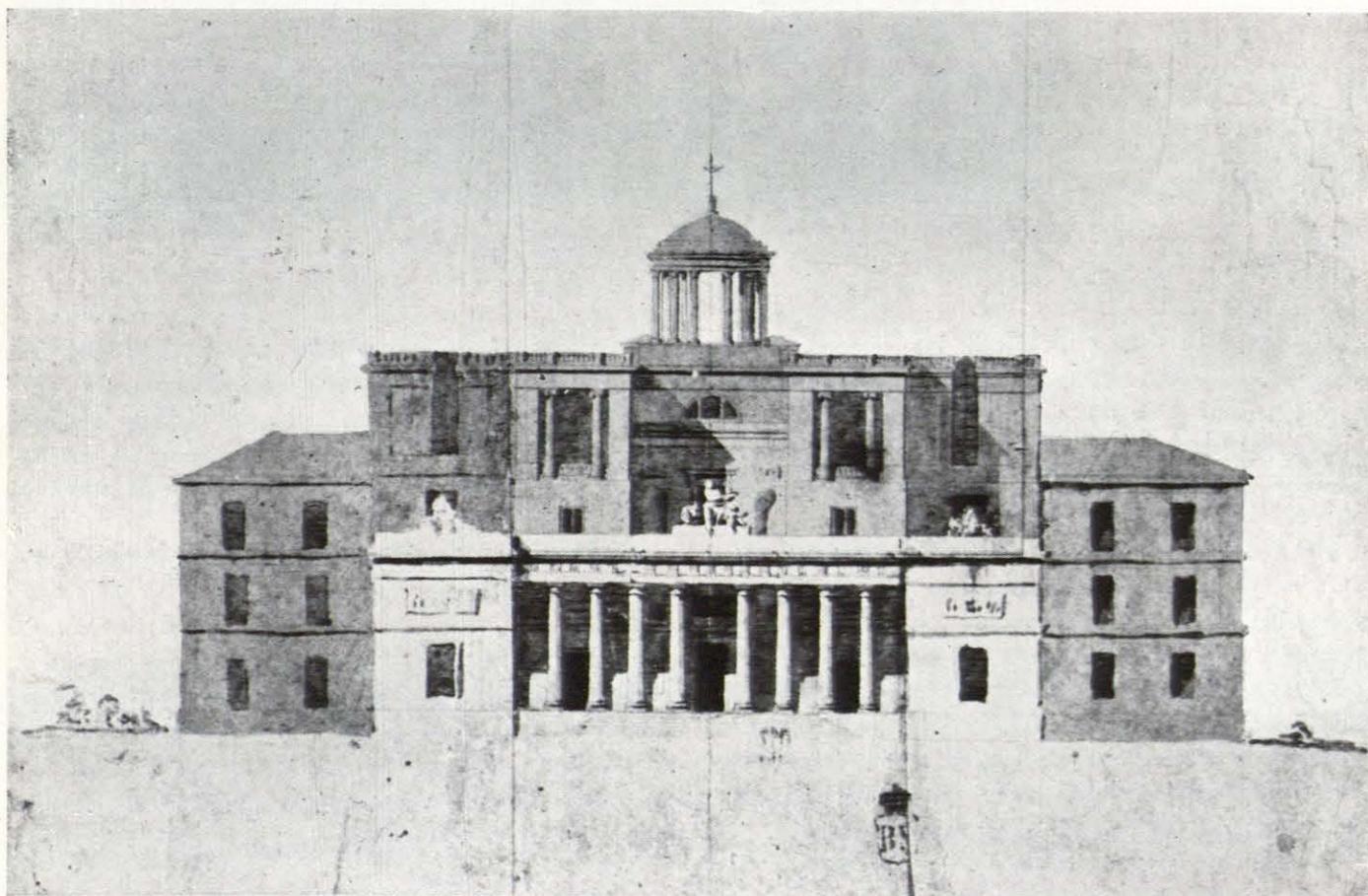
En esta época de nuestros biografiados, los grandes arquitectos no se limitaban a ejercer la pura arquitectura. Al margen de ella eran ingenieros de aguas y caminos, agrimensores, etc. Así, desde el punto de vista ingeniero, Villanueva labora infatigablemente y con acier-

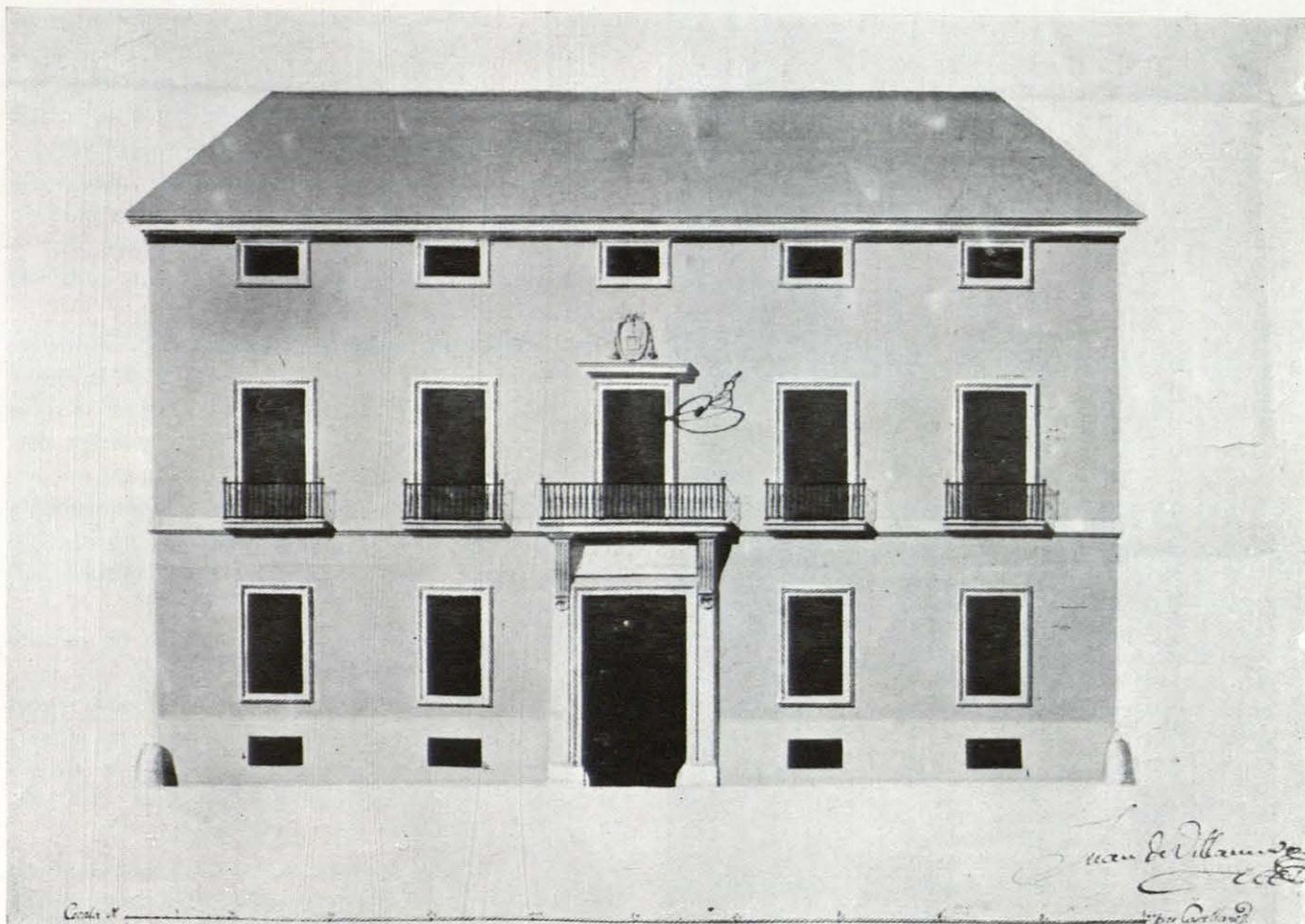
to en la remoción de los caminos y carreteras de Aranjuez y La Granja, en las de Cataluña, Aragón y Valencia. En obras hidráulicas, en el canal de navegación y riego de los Alfaques, en el Real de Manzanares, en el desagüe de las lagunas de Villena y Tembleque, etc. Innumerables las trazas, reparos y renovaciones que hizo para conservación de edificios antiguos y nuevos. Entre las reformas algunas asombrosas, tales como las que llevó a cabo en El Escorial, a base de variar la escalera, zaguán y puerta en la parte norte del edificio, así como la casa de oficios de los Ministerios de Estado y Hacienda.

No vamos a relatar aquí, por innecesario, la totalidad, aunque fuera en forma aproximada, de cuanto proyectó y ejecutó. Bien merece, sin embargo, un comentario a su obra cumbre, y con ello aludimos al actual Museo del Prado, noble e incomparable fábrica que en la arquitectura patria ha tenido y seguirá teniendo, cuando de este arte grecorromano se trate, una influencia sin precedentes.

Le fué encargado el proyecto y dirección de la obra por aquel estupendo rey que se llamó Carlos III, con destino a Academia de Ciencias Exactas y Gabinete de Historia Natural. Lógicamente no vió concluída su obra, que sufrió avatares y retrasos sin cuento y no se ter-

Observatorio de Madrid. Estudio. Biblioteca Nacional.





Fachada del Nuevo Rezado, hoy Academia de la Historia, de Madrid. Juan de Villanueva. Archivo Municipal.

minó hasta el reinado de Fernando VII, durante cuyo reinado se inauguró, pero no para cumplir la finalidad inicial, sino para Museo de Pinturas. Era indispensable la necesidad de reunir en un solo y espléndido local todas las pinturas y esculturas originales de artistas nacionales y extranjeros que se hallaban dispersas por los palacios y residencias reales. Tomó esta decisión la reina María Isabel Francisca de Braganza, segunda esposa de Fernando VII, por cierto dando el ejemplo, puesto que para este Museo donó toda su magnífica colección de obras de arte e impulsó a su esposo el cambio de destino del edificio a que hacemos referencia.

Bien distintas debieron ser las vidas y los caracteres respectivos de uno y otro y del mayor interés sería profundizar en este estudio, aunque no fácil. Nada más vidioso ni sujeto a la personal interpretación del que la escribe que una biografía, tarea que requiere un concienzudo trabajo de investigación, invariablemente basado en lo que otros escribieron.

Desde luego, la vida de Ventura Rodríguez fué más dura, más áspera e ingrata y más llena de decepciones que la de Villanueva, posiblemente por ser hombre, no

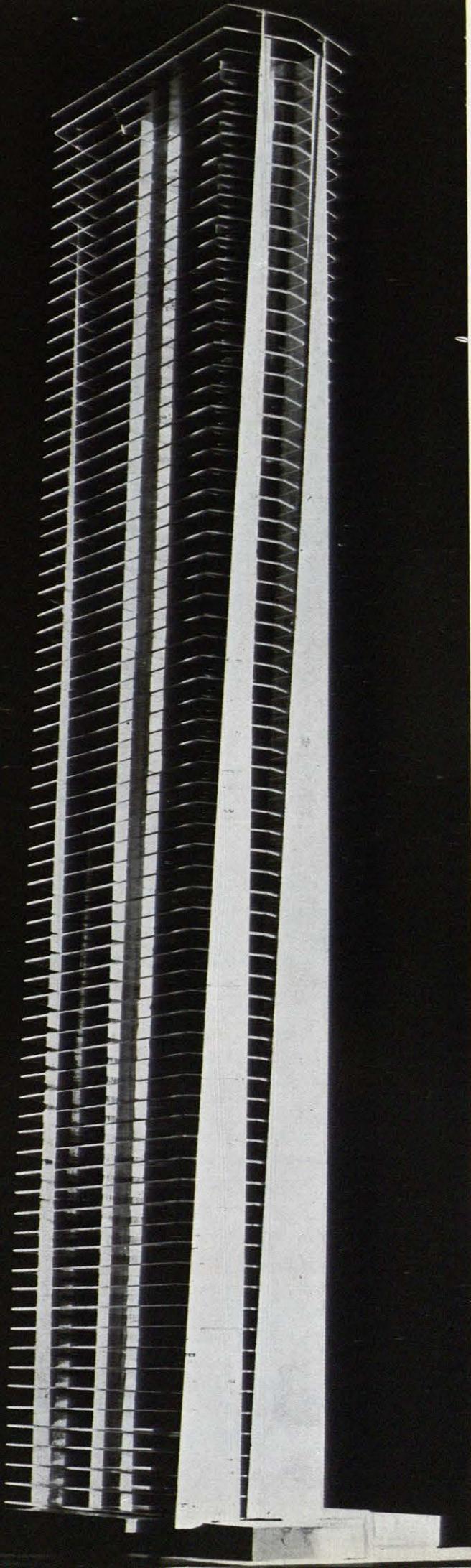
digamos de mayor ambición, pero sí de mayor ímpetu. Sin esa santa devoción y respeto a Vitrubio y Palladio, pero teniéndolos siempre presentes, Ventura Rodríguez es más pintoresco, más alegre y, desde luego, más barroco. Trata de abarcar a lo largo de su vida, constantemente, una tarea abrumadora.

Creemos encontrar en Villanueva el hombre de estudio, frío, que medita hondamente la más insignificante de sus trazas. Que en ningún momento debió verse desbordado por la tarea que entre manos tenía y no abarcaba más que lo que reposadamente podía dominar a conciencia.

En él, en todo momento, Vitrubio y Palladio fueron sus libros de cabecera y nadie le igualó en la interpretación de los principios de esa arquitectura, en la que llegó a refinamientos, matices, calidades, equilibrios y proporciones incomparables.

Esta es la breve semblanza, que trazada a vuela pluma, hemos podido lograr de tan famosos maestros, esperando en Dios no haber incurrido en error o anacronismo de bulto. Si así fuera, que el lector me perdone.

No viene mal, como decíamos al principio, que nues-



tra Revista dedique de cuando en cuando alguna página a nuestros maestros de tiempos pasados y a la historia de nuestra arquitectura. No viene mal, aunque no sea más que para que no olvidemos algo de lo aprendido y darnos de paso un refresconcillo sobre la Historia.

Y que sea precisamente nuestra Revista, que tan al día nos tiene sobre ese tema candente, cada hora de horizontes más incalculables, que es lo que hoy se entiende por arquitectura moderna, a cuya evidencia es preciso rendirse.

Esa arquitectura moderna, impuesta implacablemente por la evolución fabulosa de la vida y de la humanidad, de los nuevos materiales y de las nuevas técnicas constructivas y en la que ningún papel pueden desempeñar ya ni Vitrubio ni Palladio, ni Vignola, ni ninguno de los maestros que tan sabia y brillantemente supieron interpretarla y para quienes los tratados de aquéllos fueron libros de cabecera y de consulta permanente.

De esa arquitectura moderna de la que en nuestra patria podemos enorgullecernos en estos últimos años, por la categoría internacional en que ha logrado situarla un grupo de compañeros jóvenes, que saben sentirla y aplicarla con un verdadero sentido de la responsabilidad y además con más ánimos que el Cid Campeador.

Esa arquitectura moderna, única de las Bellas Artes que tiene que cumplir una función social de tal envergadura que dentro de muy poco a los estudios de la pura arquitectura y en la formación del arquitecto, habrá que añadir los del economista, los del sociólogo y los del humanista, tal es la responsabilidad que se contrae con miras a un futuro inmediato.

Arquitectura hacia la que le es prácticamente imposible derivar o tratar de adoptar al profesional con muchos años de labor, incluso admirable.

Llevamos demasiado dentro a Vitrubio, a Palladio y a Vignola y los hemos consultado con demasiada frecuencia para poder prescindir totalmente de ellos y, en consecuencia, obrar con la absoluta libertad indispensable al enfrentarlos con la realidad del momento actual y el problema que nos presenta el futuro, de tener que acompañar esa arquitectura al mismo son que el resto de las evoluciones de este momento actual y de este futuro de la vida.

En consecuencia, arquitectura que no se puede intentar ni sentir más que habiéndola, precisamente, sentido desde el primer instante en que al decidir en la vida nuestro porvenir, optamos por abrazar esta nuestra profesión incomparable.

*Proyecto premiado en Buenos Aires.
Arquitectos: P. Pintado y J. Bravo.*